

lucha de clase

POR LA RECONSTRUCCION DE LA CUARTA INTERNACIONAL

ÍNDICE

- Las razones del virage a la izquierda del Partido Comunista Francés
- En Portugal, un regreso de la derecha preparado por la izquierda
- Nicaragua : ¿una revolución al servicio de los intereses de qué clase ?
- La crisis iraní : lo que pueden temer los Estados Unidos

**mensual
trotskista**

editado por

**lutte
ouvrière**

Enero/1980

Nº

70

PRECIO 5 FF

Leed la prensa revolucionaria

**lutte
ouvrière**

**THE
SPARK**

**COMBAT
OUVRIER**

Hédomadaire communiste révolutionnaire (trotskyste)



**le pouvoir
aux
travailleurs**
mensuel trotskyste

FRANCIA

Semanario trotskista francés

Tarifas de suscripción :

Francia 140 FF (\$ 33)

Otros países 170 FF (\$ 40)

Tarifas de avión, bajo demanda a

LUTTE OUVRIERE PB 233

75865 PARIS CEDEX 18

Mandar el dinero a CCP RODINSON

6851 10 PARIS

ESTADOS UNIDOS

Bimensual trotskista norteamericano

Tarifas para Estados Unidos :

Primera clase solamente

Seis meses \$ 4

Un año \$ 8

Otros países

por barco

Seis meses \$ 3,25 (15 FF)

Un año \$ 6,50 (30 FF)

Por avión

Seis meses \$ 12,50 (60 FF)

Un año \$ 25,00 (120 FF)

*Para el extranjero, pagar de preferencia
por giro postal internacional*

Escribir a : The Spark,

Box 1047 DETROIT MI 48231 USA

ANTILLAS

Semanario trotskista antillés

Suscripción : FRANCIA

Un año 100 FF

Seis meses 50 FF

Pagos a :

Jocelyn Bibrac-CCP 32566 71 La Source

Correspondencia Antillas :

Gérard Beaujour

BP 214-97110 Pointe-à-Pitre-Guadeloupe

Correspondencia Francia :

Combat Ouvrier-BP 145 75023 Paris

ÁFRICA

**Mensual trotskista de idioma francés,
editado por UATCI (Unión Africana de
Trabajadores Comunistas e Internacio-
nalistas).**

Tarifas de suscripción, para Francia :

Ordinario, un año FF 12 (\$ 2,5)

Bajo Pliego cerrado, un año . FF 36 (\$ 7,5)

enviar toda correspondencia a :

Combat Ouvrier

BP 145 75023 Paris Cedex

especificando :

para «Le Pouvoir aux Travailleurs»

LUCHA DE CLASE

ÍNDICE

**Página 2 Las razones del virage a la izquierda
del Partido Comunista Francés**

**Página 9 En Portugal, un regreso de la derecha
preparado por la izquierda**

**Página 14 Nicaragua : ¿una revolución al servi-
cio de los intereses de qué clase?**

**Página 21 La crisis iraní : lo que pueden temer
los Estados Unidos**

Las razones del virage a la izquierda del Partido Comunista Francés

El fracaso electoral de la izquierda en las elecciones para la cámara de diputados de marzo de 1978, ha abierto un periodo de malestar en el seno del Partido Comunista Francés como además en el conjunto de la izquierda. Ese malestar está iejos de tomar en el PCF el carácter que ha tomado en el Partido Socialista.

En efecto, en el PS, viene de abrirse francamente una crisis de sucesión; el secretario general, Mitterrand, se ve contestado por su delfín y competidor Rocard que le reprocha su política de alianza electoral con el PCF.

Pero el PCF también tiene problemas. A la mañana siguiente a las elecciones, algunos intelectuales con Ellenstein, han criticado públicamente a Marchais por haber hecho perder las elecciones a causa del tono «sectario», anti Partido Socialista, dado a la campaña del PCF. Desde entonces, esa corriente sigue manifestándose en el PCF. Hoy, es a través del asunto Fiszbin. Henri Fiszbin, ex-responsable de la

federación de París, dimitió de ese cargo en enero último, oficialmente por motivos de salud. Sin embargo el mes pasado dimitía del Comité Central del Partido Comunista y hacía valer a ese propósito discrepancias políticas. ¿Cuáles? No se sabe demasiado. Pues los dirigentes del Partido Comunista se han negado siempre a publicar la carta de dimisión de Fiszbin, en la cual éste exponía esas discrepancias y porque por su parte, H. Fiszbin no ha creído necesario darlas a conocer ampliamente más allá del Comité Central del Partido Comunista. Todo lo que la prensa ha relatado es que Fiszbin tenía desacuerdos. Todo permite pensar que Fiszbin, quien además no fue reelegido diputado de París en 1978, le reprocharía también a Marchais la ruptura de la unión de la izquierda y la disputa contra el PS. Si esgrime la bandera de la democracia, quizás sea porque especula con un descontento vago que espera poder canalizar tras él, así, cualesquieran que sean los motivos de ese descontento.

Por fin otra muestra de que la contestación de una parte de los intelectuales sigue sin decaer, es la petición firmada por una centena de intelectuales y personalidades de izquierda, PC, PS y sin partido, que piden al PCF que reanude con la perspectiva de la unión de las fuerzas de izquierda.

Esto, es el aspecto público, visible, de las dificultades que conoce el PCF. Pero por encima de esos problemas visibles, quizás existan para este partido otros motivos de preocupación, menos espectaculares, pero finalmente quizás más graves.

La desilusión electoral, la decepción consecutiva al fracaso de la izquierda, ha afectado sin duda a numerosos trabajadores que habían ganado las filas del partido, en la óptica de la victoria de la izquierda, y que de ella esperaban una mejora de sus condiciones de vida. Este es un aspecto sin duda mucho menos visible de los problemas internos del PCF, puesto que se trata de militantes o de simpatizantes desmoralizados que, si abandonan la actividad política, lo hacen sin decir «esta boca es mía». Es difícil apreciar la importancia de tal fenómeno. Pero lo que se ha podido observar en las empresas, es que a propósito del asunto Boulin, Marchais, el líder del PCF, podía ser discutido por militantes o simpatizantes del PCF. Boulin, ministro del trabajo, acusado por la prensa de haber utilizado las facilidades que le daban su cargo de ministro para comprarse una propiedad, se suicidó ante este escándalo. Los militantes y simpatizantes del PCF no han comprendido que el líder del PC, Marchais, se haya solidarizado del ministro contra la prensa que había revelado el escándalo, cuando se trataba de Boulin, el ministro del trabajo responsable del

despido de numerosos militantes de empresa y responsables sindicales. Los ataques reiterados de Marchais al *Canard Enchaîné* y a la prensa, designados por él como los responsables de la muerte de Boulin, y tratados de «champiñones venenosos», han chocado y confundido a muchos militantes que no veían ningún motivo para ir a contracorriente de la opinión de su medio, para quien la muerte de un ministro deprimido no era por cierto un drama. Algunos militantes pues se han desmarcado incluso públicamente de Marchais, al estimar que se equivocaba. Esta desaprobación, estos refunfuños, aunque se manifestaran a propósito de un asunto sin relación con las elecciones, traducen no obstante cierta pérdida de confianza de los militantes en la dirección de su partido, y que no deja de relacionarse con el fracaso electoral.

Pero las dificultades internas del PCF sólo son un aspecto de la fisionomía de ese partido actualmente. El otro aspecto consiste precisamente en el curso «radical» que el PCF ha adoptado a fines de 1978 y sobre todo desde la vuelta al trabajo de este último otoño. El Partido Comunista aparece perfectamente tal como lo preconizaba Marchais en agosto último: el partido que pasa a «las acciones duras». Basta con ver los conflictos numerosos y largos que han estallado desde la vuelta al trabajo en las empresas. En esos conflictos, el PCF ha puesto todo en obra para aparecer sino como el promotor, sí como el motor. Las huelgas de Alsthom, de los controladores aéreos, de los empleados de los grandes almacenes, de Usinor... han ocupado diariamente la primera plana de *L'Humanité*. La voluntad del PCF en ocupar todos los terrenos, en estar presente en todas las luchas en

curso, se ha manifestado también fuera de las empresas. El PCF ha querido así estar presente en todas las manifestaciones de los motoristas, encolerizados contra la nueva viñeta de derecho de circulación. Incluso, a propósito de la lucha de las mujeres por el derecho al aborto, terreno que tradicionalmente nunca fue el del PCF, éste organizó su propia manifestación de calle además de un mitin en París. En las empresas, el PCF ha contribuido en amplia medida, al encabezar conflictos a través de la CGT (principal confederación sindical), a endurecerlos e incluso a extenderlos a la totalidad de un trust, como en el caso de la huelga de Alsthom.

Este tono radical, también lo emplea el PCF en política exterior. Actualmente convoca a manifestar contra la implantación de misiles norteamericanos en Europa, por el desarme, con el poco éxito que se sabe, puesto que sólo algunos miles de participantes respondieron a la convocatoria. La primera plana de *L'Humanité*, diario del PC, llevaba como titular «*Un Hiroshima ya basta*», y también «*No a la muerte nuclear*». Todo ello mientras que antes de 1978 en cambio, el PCF sorprendió a muchos de sus militantes al tomar posición en favor de la fuerza de disuasión atómica, es verdad, francesísima.

Paralelamente, la polémica del PCF contra el Partido Socialista se ha reanudado con más ardor aún que el año pasado. Esta polémica no cesa de alimentar las columnas de *L'Humanité* que dedica un encuadrado diario, bien situado, a increpar a los sociodemócratas. Mitterrand que, fue gracias al apoyo del Partido Comunista de 1973 a 1978, un año con otro, «*el portador de las esperanzas de la izquierda a llegar al gobierno*», se ha vuelto de nuevo, en

L'Humanité como en los discursos de Marchais, lo que nunca dejó de ser, un vulgar politicastro burgués dispuesto a todos los compromisos con la derecha.

En resumen, el PCF que antes de 1978, cuando la izquierda tenía la posibilidad de llegar al poder, renunciaba con gran pompa a «la dictadura del proletariado», pone en adelante, ahora que las elecciones están lejos, la lucha de clase, y lanza con estrépito una nueva revista teórica para febrero próximo con el título significativo de *Revolución*.

¿Qué motiva este cambio total del PCF, este neto virage hacia posiciones que aparecen como radicales con respecto al precedente curso? Antes de 1978, el PCF esperaba llegar al gobierno en el marco de la unión de la izquierda. El plazo electoral de marzo de 1978 determinaba toda su política, deseaba presentarse como un partido responsable ante la burguesía. Trataba darse esta imagen tranquilizadora acerca del electorado burgués, y por eso escogió a Mitterrand, secretario general del PS y antiguo ministro de la IVª República, como líder de la izquierda.

Pero el problema del PCF en 1978 era que, desde la firma del pacto electoral con el PS en 1972, toda la política de unión de la izquierda le había sido mucho más favorable al PS que a él mismo. El Partido Comunista había firmado el Programa Común con un partido reducido a su más simple expresión al menos en el plano electoral. En las elecciones presidenciales de 1969, el candidato socialista obtuvo el 5 % de votos. En cambio, en las siguientes elecciones, las de la cámara de diputados de 1973, un año después de la firma del pacto PC-PS, llamado «unión de la izquierda», el PS y los diputados

emparentados, logran casi el mismo porcentaje de votos que el PCF. Evolución que va confirmándose y que la política del PCF aún reforzará al llamar a votar por Mitterrand a partir de la primera vuelta, en las elecciones presidenciales de 1974.

Por eso, durante las elecciones a la cámara de diputados de 1978, los dirigentes del Partido Comunista pudieron temer que si seguían esta misma política unitaria quizás verían a la izquierda en el gobierno, pero una izquierda compuesta de un PS rico en diputados y ultra-mayoritario con respecto a un PC que sólo dispondría de un número reducido de parlamentarios.

En efecto, el espectacular ascenso del PS, se había visto confirmado en las diversas elecciones parciales y locales. El PCF podía temer que sus candidatos, incluso en los distritos en donde tradicionalmente tenía un electo, hicieran el gasto de la unión, y se vieran dejados atrás a la llegada por el candidato del PS. En el marco del escrutinio mayoritario por distrito, bastaba con un débil adelanto del PS de algunos tantos por ciento de votos suplementarios, para que el PS doblara su representación parlamentaria y el PC viera la suya reducirse en proporción. Para el PCF suponía la pérdida de toda posibilidad sería de llegar al gobierno durablemente.

Efectivamente el PCF lo podía temer todo de una victoria de la izquierda, en donde al interior de la misma, él sólo contaría, por ejemplo, con 20 diputados contra 200 al PS.

En esta hipótesis, ¿tendría el PC, la menor posibilidad de llegar al gobierno durablemente? Ninguna, salvo la palabra de Mitterrand. Es decir, menos que nada. En tal situación el PCF podía temer que Mitterrand viera venir hacia él del

otro campo, un número suficiente de transfugas, como para poder componer una nueva mayoría gubernamental, al cabo de algunos meses de legislatura, mayoría de la cual se habría excluido al PC.

En 1978-79, el PCF no tenía verdaderamente otra opción. Le era necesario asegurarse el conservar un número sensiblemente igual de diputados que el PS, y en todo caso contener la progresión de este último. De aliado privilegiado, Mitterrand pasaba a ser el principal blanco. Así pues, con el encarnizamiento que se sabe, el PCF ha proseguido desde finales del 77 y a lo largo del 78 su campaña contra el PS, iniciada desde las primeras elecciones parciales que revelaban la ascensión del PS.

Pero con el éxito de la izquierda en las elecciones locales, la victoria de ésta parecía casi segura, y es lo que ha parecido permitir al secretario general del PC, Marchais, que endurezca aún su campaña contra el PS. Era necesario votar por el PC *«para impedir que Mitterrand se cambiara la chaqueta»*. Obligado además, para singularizarse del PS a presentarse como más combativo, Marchais, llamaba a los electores a *«que se hiciera pagar a los ricos»*, y llevaba a cabo una campaña por el *«salario mínimo a 2 400 F»*. Tema sobre el cual el secretario general del PS acabó por seguir sus pasos, por miedo a perder votos y convencido de que ello no le costaría las elecciones.

La táctica del PCF hubiera sido rentable si la izquierda hubiera ganado. Lo ha sido relativamente, en la medida en que el PCF ha progresado en esas elecciones, no en votos sino en escaños y en una proporción mayor que el PS. Ha seguido siendo también relativamente rentable en las elecciones

europas en las que el PCF mantuvo el mismo nivel que en las elecciones para la cámara de diputados con respecto al PS. No obstante, en marzo de 1978, en lugar de la tan esperada victoria, vino el fracaso. Todos aquellos que los partidos de izquierda habían arrastrado tras ellos en la espera de esa victoria, desmoralizados, decepcionados, se han vuelto contra la política de los dirigentes de la izquierda. En este clima, para los dirigentes del PS es fácil presentar la política sectaria del PC como la causa del fracaso. Encuentran al menos un eco entre la franja de intelectuales que, desde esas elecciones contestan la política del secretario general del PCF. Pero si el PCF puede soportar sin demasiado daño la crítica de sus intelectuales, debe responder en cambio a la ola de desilusión en las filas obreras. Pues corre el riesgo de perder parte de su influencia. Por fuerza, los dirigentes del PCF, deben constatar que el periodo no les es favorable. Las elecciones no han sido rentables. Pero las luchas lo son difícilmente. Pues con la crisis económica, de la que todo da a pensar que no se resolverá a corto plazo, las luchas de la clase obrera se han vuelto más difíciles, o al menos, son menos seguras las posibilidades de éxito notable de las reivindicaciones.

En esta situación, el PCF sólo puede ver limitarse sus círculos. La campaña iniciada actualmente en *L'Humanité*, diario del PC, para ganar nuevos lectores a la prensa comunista «uno a uno» como titulaba recientemente *L'Humanité*, prueba que ninguna corriente consigue arrastrar en masa las simpatías hacia los militantes del PC, y que éstos sin duda sienten como una pérdida de velocidad. Ahora bien, el PCF no puede aceptar perder por

poco que sea su audiencia en el seno de la clase obrera sin reaccionar. Pues la burguesía, y los dirigentes de ese partido lo saben, puede llamarle al gobierno, sólo si éste le sirve de algo. La burguesía puede aceptar, naturalmente, dejarle llegar al gobierno mediante el simple juego electoral. Como hubiera podido ser el caso en 1978. Pero, en regla general, los puestos ya están ocupados por los partidos burgueses tradicionales que se intercambian los cargos gubernamentales de elección en elección.

La burguesía puede necesitar el PCF y recurrir a él, precisamente cuando su personal tradicional político no le basta porque se muestra incapaz de hacer frente a las reivindicaciones obreras. En ese caso, aún es necesario que el PCF tenga de qué sacar partido, es decir una influencia sobre la clase obrera. La única posibilidad para el PCF de participar al banquete gubernamental reside pues en el mantenimiento de su audiencia. Los dirigentes del PCF lo saben muy bien. Por eso es vital para ellos reconquistar, y mantener esta influencia, y ello en un terreno donde el PS no pueda competir de forma valedera, el de las luchas en las empresas.

El periodo se presta tanto más a ese nuevo curso, que el PCF no está apurado por ningún plazo electoral. Hay las elecciones presidenciales de 1981, pero, incluso su táctica para esas elecciones, la está determinando en función de las elecciones consecutivas a la cámara de diputados. Ha visto lo que le ha costado llamar en 1974 a votar por Mitterrand desde el primer turno, y por eso probablemente no volverá a utilizar de nuevo esta táctica, no llamará a votar desde el primer turno por el candidato del PS, que se trate de Mitterrand como de Rocard. ¿Y en el segundo

turno? Incluso si el PCF llama a votar por el candidato socialista, en el actual contexto político, el candidato de la izquierda tiene pocas posibilidades de ganar, sobre todo si la polémica en el seno de la izquierda continúa hasta entonces con el mismo tono.

Para el PCF, los próximos plazos electorales verdaderamente importantes son pues las elecciones a la cámara de diputados. Están lejos, si Giscard no decide avanzarlas. Hasta entonces, el PCF tiene tiempo de estudiar qué política de alianza llevará a cabo en esas elecciones. Por eso en estos momentos, aunque una política de lucha sea de naturaleza a incrementar la desconfianza de la burguesía a su respecto, el PCF no tiene otra alternativa. Si quiere, sino incrementar, al menos conservar su influencia sobre los militantes obreros, está obligado en este período de crisis a emplear un tono radical, a preconizar la lucha de clases. Puede hacerlo tanto más fácilmente cuanto que los plazos electorales se encuentran más lejos.

El curso «radical» del PCF, no significa evidentemente, que el PCF esté dispuesto a llevar a cabo una política tal que conduzca a la clase obrera a hacer fuerza sobre la burguesía y su gobierno para obligarles a acomodarse con él y llevarles a recurrir de forma extra-parlamentaria a él. En el asunto Boulin, Marchais, secretario del PCF, ha querido demostrar claramente a la burguesía que no deseaba en absoluto aprovechar de una crisis política que podría conducir al hundimiento del gobierno en el escándalo, y eso incluso si tal riesgo era mínimo. El PCF no desea en absoluto que la clase obrera se movilice, confíe en formas de lucha extra-parlamentarias. Es además por eso, que no propone ninguna perspectiva política de conjunto a

las luchas de los trabajadores, contra la crisis, para defender su nivel de vida, para que los ricos paguen la crisis. Ya que si millares de trabajadores se movilizaran en ese terreno, el PCF podría temer entonces que una parte de la clase obrera se diera los medios autónomos de dirigir sus luchas. Ya que si tal fuera el caso, los trabajadores podrían negarse a aceptar todos los virages, todos los retrocesos que el PCF querría imponerles. Los dirigentes del PCF saben, que si no están en condiciones de contener, canalizar las luchas de la clase obrera, la burguesía no tiene ninguna garantía, ningún interés pues en llamarles al gobierno.

El PCF navega entre dos escollos. Para poder ser llamado un día al gobierno, debe mantener y desarrollar su auditorio obrero, pero le es necesario que la clase obrera no se dé una dirección autónoma y escape a su control. Actualmente, el PCF puede beneficiar de la simpatía de muchos trabajadores en la medida en que lucha a su lado. Pero la tendencia del PCF a querer lanzarse en conflictos aislados en donde sólo arrastra a una minoría de trabajadores determinados y combativos en luchas duras, puede mañana tornarse contra él, y aislarle de sectores completos de la clase obrera. Tanto más como que el nuevo terreno de luchas políticas escogido por el PCF, el de la lucha contra la OTAN y los cohetes norteamericanos no es el terreno de la clase obrera. Su crédito en la clase obrera, lejos de agrandarse arriesga con salir disminuido.

Si el PCF quisiera verdaderamente dar una perspectiva a la lucha de los trabajadores, de manera a que obligara al gobierno y a la burguesía a ceder y llamarle al gobierno, emplearía un muy diferente lenguaje con el

Partido Socialista. No es en el terreno nacionalista de la protesta contra la instalación de cohetes de la OTAN en Europa, que el PCF propondría acciones comunes al Partido Socialista. Sería proponiendo públicamente a sus dirigentes, y a través del PS a todos aquéllos que éste influencia en la clase obrera, un programa de luchas en común para defender las conquistas de la clase obrera frente a la crisis. Pero la actual actitud del PC frente al PS no es tal como para permitirle que se una, en cualquier modo, los obreros y empleados influenciados por el PS, y más allá de éstos, todos aquellos que están desmoralizados por la división de la izquierda. Al contrario, la actitud del PC está al opuesto.

Tal actitud, sobre todo si la situa-

ción económica sigue deteriorándose, amenaza finalmente con aislarle de los grandes contingentes de la clase obrera.

Los militantes revolucionarios, por poco numerosos que sean, deben estar atentos e interesarse a lo que pasa en el interior del PCF. Deben buscar el diálogo y el contacto de forma fraternal y no con la ironía en los labios. Pues si la política del PCF lleva a sus propios militantes a aislarse y perder el contacto con sus propios círculos, también puede llevarles a interrogarse sobre la política de sus dirigentes. Sería entonces capital para el porvenir que esos militantes del PCF encuentren la simpatía y el apoyo de los militantes revolucionarios.

En Portugal, un regreso de la derecha preparado por la izquierda

En Portugal, las últimas elecciones legislativas del 2 de diciembre han dado a la derecha la victoria electoral. Cinco años después del derrocamiento de la dictadura por los militares, lo que se llamó la «Revolución de los Claveles», y después de los gobiernos de izquierda que la sucedieron, se rizó el rizo. El bloque electoral de la derecha, compuesto por el Partido Socialdemócrata de Sa Carneiro, que fue en otros tiempos ministro de Caetano, por el Centro Democrático y Social de Do Amaral y de los monárquicos, está seguro de contar con una mayoría absoluta en la Asamblea de la República, tras una campaña cuyo tema principal fue: «Porqué no cambiar». Obtiene por lo menos 128 escaños sobre los 250 que comprenderá la nueva Asamblea, mientras que los partidos de derecha sólo totalizaban 112 en la antigua Asamblea.

La elecciones municipales que tuvieron lugar poco después, el 16 de diciembre, confirmaron aún esta progresión de la derecha. En las ciudades como en las regiones agrícolas del norte y del centro del país, numerosos electores le han retirado sus votos al Partido Socialista. Éste pierde numerosos municipios, entre los cuales, los de las tres mayores

ciudades del país, Lisboa, Porto y Coimbra, que pasan a la derecha.

La victoria de la derecha permanece sin embargo débil. Sólo totaliza 2 661 551 votos en las legislativas, contra 2 890 000 votos a la izquierda, y en las elecciones municipales el 46,8 % de los sufragios expresados contra el 48,1 % a la izquierda. Así pues no sólo la izquierda aún sigue siendo mayoritaria en el país, sino que también en el seno de esta izquierda, si el gran perdedor es el PS —pierde 34 diputados— el Partido Comunista, en cambio, refuerza sus posiciones y gana 7.

Pero con un retroceso del 2 % de la izquierda en beneficio de la derecha, ésta al beneficiar de la ley electoral que favorece las coaliciones, es ahora mayoritaria en la Asamblea. Está asegurada de tener las manos libres para gobernar, al menos durante los ocho meses que debe durar esta legislatura transitoria.

La inestabilidad parlamentaria que Portugal ha conocido, al no alcanzar ningún partido la mayoría absoluta, y al negarse el PS a una alianza con el PC, ha encontrado su solución en el fortalecimiento y la alianza de la derecha. La burguesía puede confiar en que el Estado portugués haya logrado superar la etapa, en que se

ha puesto por completo en el campo de las democracias tranquilizadas, en donde los problemas políticos se resuelven mediante el simple mecanismo de la alternación de los partidos en el poder, y en que ha logrado reconstituir una derecha con suficiente crédito para encontrarse al mando del gobierno, pese al pasado de muchos de sus hombres, al servicio de la dictadura, y esto, si no es en la indiferencia general, o al menos en la total ausencia de reacciones populares.

En la Europa de finales de los años sesenta, la extensión del Mercado común deseada por las principales grandes potencias, la búsqueda de mercados y relaciones comerciales ventajosas, llevaron a que los países imperialistas de Europa occidental se interesaran a países mantenidos hasta entonces aparte. Particularmente a tres países europeos: Grecia, España y Portugal, cuyos regímenes dictatoriales parecían frenar las posibilidades de acuerdo y en todo caso obstaculizar su integración al Mercado común. No que las democracias no puedan coexistir con los más dictatoriales regímenes. En el seno de la ONU, por ejemplo, sólo se cuenta un puñado de democracias parlamentarias, entre los países más ricos e influyentes es verdad, en medio de los representantes de marca mayor de las peores dictaduras. El gobierno francés entre otros, es el primero en mirar de reojo sobre posibilidades de contratos, que se trate de Irak, Chile o incluso África del Sur.

Pero para que esos países, Grecia, España y Portugal, entren en el Mercado común en donde está previsto no sólo la libre circulación de las mercancías sino también la de los trabajadores, era necesario que

el precio de coste de la mano de obra fuera comparable, y que en particular hubiera sindicatos en todas partes, una pluralidad de partidos y un parlamento. En efecto, si buen número de trusts europeos están contentos de poder construir a título individual fábricas en países de dictadura donde la mano de obra es barata, en cambio el conjunto de la burguesía europea no podía tolerar que las burguesías griega, española y portuguesa estén favorecidas por una mano de obra sin defensa. La democratización, y la sindicalización eran una de las condiciones puestas a su integración en el Mercado común.

¿Cómo iba a realizarse semejante evolución? Después de 1968, se podía considerar que ello no se realizaría sin profundas conmociones sociales. La burguesía temía unas sucesiones difíciles a las dictaduras en vigor, así como explosiones de cólera de las masas oprimidas durante demasiado larga y duramente. Diez años después, no solamente la burguesía griega, española o portuguesa sino también toda la burguesía europea que había deseado esta delicada operación y cuidado a su buen desarrollo, puede regocijarse. En esos tres países ha conseguido que la evolución se realice en el sentido deseado, una abertura hacia Europa, una instauración de instituciones parlamentarias, evitando no sólo el caos pero incluso que el mecanismo parlamentario favorezca a los partidos de izquierda llevándolos sistemáticamente al poder, ante la absoluta falta de crédito y hasta la inexistencia de partidos de derecha.

Los generales griegos han cedido el puesto al viejo parlamentario de derecha Caramanlis. En España, es el mismo rey Juan Carlos quien ha

permitido la transición. Pero Portugal había empezado por conocer unos años más revueltos.

Para poner un término a esta dictadura vieja de cuarenta y ocho años, en la que Caetano había tomado el relevo de Salazar fallecido en 1970, pasó un golpe de Estado. La mayoría del aparato político salazarista se vió obligado a ceder el puesto, como también los grandes terratenientes, la Iglesia, y todos aquellos que se enriquecían del saqueo de la población y de la ruina económica de todo el país.

En efecto, todos los dirigentes políticos de la burguesía portuguesa habían participado al régimen de Salazar y ninguno podía de la noche a la mañana ponerse la máscara de la democracia con credibilidad, lo que creaba el riesgo de que ello desembocara en una situación incontrolada. Ante una situación bloqueada que toda una parte del aparato de Estado y de la burguesía conservadora aspiraba a mantener, fue el ejército y su estado-mayor que se encargó de provocar la transformación.

Únicamente los partidos de izquierda, salidos de la clandestinidad o del exilio, el PC y PS, resurgieron enseguida con la Revolución de los Claveles, mientras que las masas se despertaban a la política. Era necesario esperar algún tiempo para que el antiguo aparato político reapareciera bajo nuevas denominaciones, reformadores, demócratas-cristianos o sociales... A nadie se le hubiera ocurrido entonces ver en Sa Carneiro, el actual vencedor de las elecciones, un opositor a la dictadura, bajo pretexto de que había dimitido del gobierno de Caetano en 1973. Fue pues el ejército el que siguió cuidando los primeros y revueltos años del nuevo régimen. Los militares han sido los garantizadores del

orden al mismo tiempo que de la difícil instauración de las instituciones parlamentarias.

Con el acuerdo preocupado de la burguesía portuguesa y la de los países «protectores», optaron por recurrir a ministros socialistas e incluso comunistas, pues el Partido Comunista era el único, a causa de su implantación en las empresas, que podía calmar la impaciencia de la clase obrera y canalizarla en los límites señalados, pese a la desaparición de la dictadura y hasta de una parte del aparato de Estado.

Durante dos años de gobierno provisional, el MFA, el movimiento de los militares de «izquierda», disponiendo de los plenos poderes y apoyándose en la movilización popular y la caución de los partidos de izquierda, inició las transformaciones necesarias: nacionalización de las bancas, de la energía... y reforma agraria. Esos años se señalaron por las vacilaciones de los militares a remitirse demasiado pronto a un gobierno civil parlamentario, lo que provocó cierta agitación en su seno.

El Partido Comunista alineó su política sobre la de los militares más radicales, Gonçalves, Carvalho, a quienes debía su puesto en el gobierno, y reclamó de los trabajadores la confianza en el MFA sin ni siquiera la sombra de una crítica. En cambio, el Partido Socialista se convirtió en el campeón de las instituciones parlamentarias de las que esperaba ser el principal beneficiario. Lo hizo iniciando las hostilidades con el Partido Comunista y aceptando convertirse en el portavoz de los politicastros más reaccionarios que se disimulaban tras las etiquetas de partidos moderados y subitamente partidarios de formas de gobierno parlamentarias.

Cuando en abril de 1976 los militares cedieron el puesto a un gobierno

civil, pero todavía bajo la jurisdicción de los militares del Consejo de la Revolución y del general Eanes como presidente de la República, la izquierda a la que ni siquiera unía la solidaridad gubernamental deseada por los militares, aún se molestó menos en aparecer como unitaria.

El Partido Socialista, gran vencedor de las elecciones de 1976, fue el que entonces se convirtió en el artífice de la política deseada por la burguesía para recobrar de las masas populares lo que anteriormente se les había otorgado por temor a reacciones incontroladas: bloqueo de los salarios, inflación y devaluación, represión de las ocupaciones de tierras y restitución de una buena parte de las tierras colectivizadas a los antiguos propietarios en nombre de un derecho de «reserva» ampliado sin cese...

Pudo permitirse gobernar solo, formando un gobierno homogéneo, con el 34 % de los diputados y la abstención de los demás. El Partido Comunista excluido del gobierno se vió descartado de todos los tratos ministeriales por más que propusiera sus servicios y que incluso anunciara que estaría dispuesto a participar en un gobierno de unión nacional con ministros de derecha.

En el gobierno el Partido Socialista dió continuamente pruebas de consentimiento a la derecha: en 1976 destituyó a su ministro de Agricultura, Cardoso, considerado como demasiado de izquierda, cuando empezaba la restitución de las tierras a los antiguos propietarios. En 1977, una vez más bajo la presión de la derecha, destituyó a su ministro del Trabajo criticado por su falta de firmeza. Escogió entonces a sus ministros del Comercio y de la Industria entre los tecnócratas propuestos por el patronato.

Mientras el Partido Socialista mantuvo cierto equilibrio entre los trabajadores y las fuerzas de derecha que alzaban la cabeza, gobernó con el apoyo tácito de los diputados de derecha y llevando a cabo la política de éstos.

Pero al cabo de dieciséis meses de gobierno socialista, cuando el orden fue restablecido en el ejército y en el país, cuando los partidos de derecha se sintieron suficientemente fuertes, cesaron de apoyar al gobierno socialista. En enero de 1978, Soares tuvo que concederles un puesto en el gobierno. Luego, en agosto del mismo año, tuvo que ceder el puesto a gobiernos transitorios escogidos por Eanes entre personalidades sin partido, en espera de la disolución de la Asamblea y de nuevas elecciones anunciadas para diciembre de 1979.

Hoy, éstas han tenido lugar. Las masas desmoralizadas, la izquierda desacreditada, la victoria electoral ha ido a la derecha. El general Eanes, uno de los militares más a la derecha de la Revolución de los Claveles, aparece como un hombre de izquierda para esta derecha que ahora sólo aspira a reemplazarle y a suprimir la tutela del Consejo Superior de la Revolución, que recuerda demasiado para ella los objetivos del golpe de Estado de 1974.

El PS ha sufrido la usura del poder. Para ello, llevó a cabo la política necesaria, una política de austeridad y de puesta en cintura de la población, que sólo podía desacreditarle. Ha perdido una parte del apoyo que obtuvo en el 76 por parte de la pequeña burguesía urbana y campesina que se hartó y votó a la derecha. Pero también ha perdido a su izquierda en beneficio del Partido Comunista. Hoy es fácil para el PC acusar a Soares el haber abierto el



From the town of Belfort to the Parisian suburb of Saint-Ouen, the Alsthom strike touched all the plants of that trust.

De Belfort a Saint-Ouen, el conflicto se extendió al conjunto del trust Alsthom.



The Sandinista leadership has solicited the courage and devotion of the poor for the fight, but they have not given them the means to fight for their own interests.

Los dirigentes sandinistas han solicitado el valor, la abnegación de las masas pobres para el combate, pero no les han dado los medios de luchar por su propia cuenta.

camino a la derecha. Dice verdad y el incremento de sus propios resultados prueban que una parte no desdeñable de la opinión, entre la población obrera como entre los campesinos pobres del Alentejo por ejemplo, también lo piensa.

Pero lo que olvida decir, es que se ha contentado durante tres años con reclamar su participación en el gobierno, sin proponer otra política que la de un Soares. Para éste fue un sólido trampolín para llegar al gobierno y canalizar las esperanzas y más tarde el descontento popular. Después de haberse alineado tras el MFA, el partido de Cunhal se ha alineado tras Soares ofreciéndole sus servicios y asegurándole su apoyo. Fue él, el primero en criticar las huelgas. Votó todas las medidas

de austeridad del gobierno socialista.

Por poco que la burguesía portuguesa fuera agradecida, asociaría tanto al PCP como al PSP en el mismo agradecimiento. Pero ninguna burguesía manifiesta nunca el menor agradecimiento por aquellos que la han servido. Los trata como a lacayos que expulsa cuando ya no son útiles. Es probable que el PC y el PS deberán esperar en la oposición que la burguesía se digne dirigirles un gesto.

Al menos que los trabajadores portugueses decidan lo contrario y entren en lucha por su propia cuenta. Pero entonces, esperemos que será rechazando también a esos dirigentes que de socialistas y de comunistas sólo tienen el nombre.

Nicaragua : ¿una revolución al servicio de los intereses de qué clase ?

El 17 de julio de 1979, se echaba del poder al dictador nicaragüense Anastasio Somoza, el tercer miembro de la familia Somoza en dirigir este régimen autoritario puesto en sitio hace más de cuarenta años por los Estados Unidos.

Para eso fueron necesarios varios años de crisis políticas y cerca de dos meses de enfrentamientos militares entre, por una parte el ejército a su servicio, y por otra, el Frente sandinista apoyado no sólo por la población pobre del país y por la pequeña burguesía urbana, sino también por la gran mayoría de la burguesía nacional.

Después de la salida de Somoza y el fracaso, dos días más tarde, de una tentativa para poner en pie un gobierno de compromiso, son, pues, a la vez, el Frente sandinista y el gobierno provisorio constituido un mes antes a la iniciativa del Frente los que se han visto encabezar este país.

Con sus dos millones doscientos cuarenta y dos mil habitantes, Nicaragua forma parte del mosaico de Estados subdesarrollados de América central que los Estados Unidos controlan estrechamente, entre otras cosas porque tienen, para ellos, una importancia estratégica. Su economía se constituyó primero en función de las necesidades de éstos,

y de manera anexa, en función de los intereses y caprichos del clan Somoza que poseía a título privado una gran parte de las riquezas del país.

Productor de oro, de plata y de cobre, pero sobre todo de café, de algodón y de caña de azúcar, Nicaragua es totalmente dependiente de los Estados Unidos hacia los cuales dirige el 90 % de sus exportaciones y de los cuales recibe el 75 % de sus importaciones.

Ante la amplitud que iba tomando la movilización de la población, el imperialismo norteamericano, ante el hecho consumado, dejó al último momento a Somoza, como había dejado al último momento a Batista en Cuba durante la revolución encabezada por Fidel Castro. Por el momento, parece ser que los dirigentes norteamericanos vigilan el nuevo régimen dejándolo. Pero también es posible, como lo hicieron con respecto a Cuba, que ejerzan sobre éste presiones para intentar acorralarlo ; como también es posible que opten un día por intervenir militarmente para derrocarlo, sea directamente, sea por dictadura vecina interpuesta.

Queda, por el momento, que en Nicaragua, el poder está en manos

de hombres que un movimiento popular contribuyó a instaurar. Veamos cuales son esos nuevos dirigentes y qué tipo de política se proponen llevar a cabo.

* * *

El derrocamiento de la dictadura de Somoza se ha efectuado a la iniciativa y bajo la dirección de hombres políticos que representan diferentes opciones de la burguesía y sobre todo de la pequeña burguesía, pero que pretenden hablar los unos como los otros en nombre de clases sociales que no sólo son diferentes sino que son a menudo opuestas.

El Frente sandinista de Liberación Nacional era, al principio, un núcleo de intelectuales partidarios de la guerrilla y que se inspiraban del castrismo. Primero progresó difícilmente y muy lentamente en el campo. Luego se ilustró en una serie de operaciones contra los tenientes de la dictadura, contra la Guardia nacional que era el ejército somocista. Luego trató implantarse en los barrios pobres de las ciudades. Sin embargo, es en el transcurso de los dos últimos años, y en particular de los últimos meses de la dictadura, cuando los campesinos pobres y los habitantes de los barrios pobres de las ciudades entraron en la lucha que dirigían los sandinistas. Por falta de otra salida, los movimientos de oposición ligados directamente al patronato y a los terratenientes, que se habían puesto hostiles al régimen de Somoza trajeron entonces al Frente sandinista su caución y luego su apoyo. Una fracción importante de esta oposición abiertamente burguesa se reunió así en el Frente sandinista reagrupándose en la

tendencia llamada «tercerista», partidaria de la lucha armada contra la dictadura pero de la mayor moderación posible sobre el plano social.

Pero todas las clases sociales en nombre de las cuales el Frente sandinista pretendía así combatir tenían motivos muy diferentes para atacarse a la dictadura.

Los campesinos pobres de las plantaciones de café y de algodón odiaban un régimen que les había echado de sus tierras a medida que se constituían los latifundios. Se habían aplastado las rebeliones que habían estallado para recuperar las tierras. Y su odio no tenía mucho que ver con la oposición al régimen de los patronos de empresas agroalimentarias por ejemplo, que discutían esencialmente las opciones económicas de la dictadura, la corrupción y el saqueo de las cajas del Estado por la familia Somoza. El derrocamiento del régimen cubría un cierto sentido para la población pobre de las ciudades o los mineros. Tenía otro para los representantes del patronato nicaragüense. Un patronato que, además, se sentía suficientemente seguro de sí para convocar a sus propios obreros a tres huelgas generales entre enero de 1978 y julio de 1979.

El programa social y político defendido por los dirigentes sandinistas refleja además su voluntad de hacerlo todo para conservar la alianza con la «*burguesía sana*», así como la llaman. Pero mostraban así que su objetivo no era el instaurar un régimen que defendiera a los más pobres contra los ricos. Hoy, los sandinistas explican que esta unidad ha permitido la victoria; sin duda sea verdad, pero nada garantiza que ésta aproveche a la población trabajadora que sin embargo ha participado masivamente a la lucha armada.

Para terminar con el ejército somocista, la Guardia nacional, instruida, equipada, ayudada por los Estados Unidos, el Frente sandinista ha formado un ejército. Éste se ha desarrollado poco a poco alcanzando en los últimos meses la cifra estimada según las fuentes de 5 000 a 10 000 hombres repartidos sobre diferentes frentes. A lo largo de los últimos meses de combate, en las ciudades tomadas por los sandinistas, luego tomadas de nuevo por la Guardia nacional (y así seguido), la población se ha asociado a la lucha armada. Con armas improvisadas, millares de nicaragüenses de los barrios pobres, muchachos, han participado a los combates. Estaban organizados en milicias llamadas a veces «Comités de defensa civil», o bautizadas con otros nombres, de contornos vagos.

Pero esta participación de las clases populares pobres a la lucha armada no ha conducido a los dirigentes sandinistas a que pongan en adelante objetivos que correspondan a los intereses propios de esas masas explotadas. No han propuesto a los campesinos servirse de sus armas no sólo para derrocar la dictadura sino también para realizar incluso parcialmente, ahí donde lo podían, la reforma agraria. No han movilizad a los trabajadores para que ellos mismos ejerzan presión sobre el patronato, controlen las empresas y, entre otras cosas, no les den las manos libres a los dirigentes de las sociedades norteamericanas.

Los dirigentes sandinistas han solicitado el valor, la abnegación de las masas pobres para el combate, pero no les han dado los medios para luchar por su propia cuenta. No les han preparado a realizar transformaciones revolucionarias por sí mismas. No les han puesto en posición de impugnar, en los

combates o después de ellos, la dirección de la lucha a los representantes de los poseedores que querían poner un término a la dictadura pero no el de los privilegios de estos últimos.

Son esos poseedores quienes, hoy, tratan reconstruir Nicaragua en torno de sus intereses.

La victoria de los sandinistas ha alzado al frente de Nicaragua a hombres y dirigentes que no quieren que el derrocamiento de Somoza ponga en peligro el papel determinante desempeñado por la burguesía que sin embargo es relativamente débil en este país.

La Junta de reconstrucción nacional, instalada en Managua, la capital, desde el 19 de julio, está en manos de dirigentes cuya moderación alaban los sociodemócratas europeos e incluso los Estados Unidos. Cuenta con tres representantes de la tendencia del Frente sandinista más favorable a la burguesía. También cuenta con una representante de la oposición no sandinista en la persona de V. Chamorro, viuda de un periodista asesinado en 1978 por Somoza y que escribía en el diario moderado *La Prensa*, diario que no esconde hoy su desconfianza con respecto a las masas populares. Cuenta también, y resulta todo un símbolo, con un cierto Alfonso Robelo, joven industrial antiguo presidente de la patronal nicaragüense, y sin embargo organizador de la huelga general de febrero de 1978. Según *Le Monde*, Washington hubiera considerado a este hombre como una eventual carta de recambio, el hombre de un posible compromiso con los somocistas. Sólo se habría reunido al sandinismo animando la tendencia tercerista tras haberse convencido que todos los proyectos moderados fracasarían.

Esta junta, donde se buscaría en vano a representantes directos de las clases pobres, tiene el poder ejecutivo. Debe, actualmente, compartir el poder legislativo con otro organismo, el Consejo de Estado, que debe constar de treinta miembros designados por más de quince organizaciones políticas o profesionales, cuya mitad al menos serían, sea antiguos partidos conservadores o liberales, sea asociaciones patronales.

Queda el Gabinete, especie de Consejo de ministros, encargado de realizar la política de la junta : refleja la misma preocupación en no asustar a los poseedores que han adherido al nuevo poder. Sólo cuenta con dos militares que pertenecen a las tendencias reputadas más radicales del Frente. Se trata de Tomás Borge, dirigente de la tendencia dicha guevarrista, que está encargado del ministerio de la Gobernación, y de Jaime Wheelock, dirigente de la tendencia dicha proletaria y que está encargado de la reforma agraria. Mientras tanto el equipo económico está, por completo, en manos de representantes declarados de los burgueses.

No es sorprendente que el programa político del poder en sitio dé muestra de una gran preocupación de conciliación con respecto al conjunto de la burguesía.

El programa de la Junta incluye la libertad de información, de difusión, de culto, de pensamiento, de organización sindical, profesional y popular. También cuenta con la abolición de las leyes represivas y la de los órganos represivos ligados a la dictadura como también la liberación de los prisioneros políticos y la abertura de las fronteras a los exiliados. Estas libertades constituyen, por supuesto, un progreso para las masas en la medida en que pueden

permitirles que se organicen por su propia cuenta. Pero uno puede preguntarse lo que advendrá de estas libertades si los campesinos y los trabajadores quieren utilizarlas para defender sus intereses y oponerse a los terratenientes, a los patronos que les explotan. Estos últimos pueden muy bien volver a discutir las si estiman que representan un peligro para ellos.

La Junta propone también un programa de reformas económicas. Es limitado y tranquilizador para los poseedores. Los dirigentes sandinistas explican que las destrucciones ligadas a la guerra, el no haber sembrado los campos, la desorganización de los intercambios, el haber Somoza vaciado las cajas del Estado implican sacrificios para todos. Pero esta situación realmente difícil, incluso catastrófica, no explica todas sus opciones. Los nuevos dirigentes de Nicaragua han optado excluir todas las medidas que pudieran perjudicar a los terratenientes, a los patronos, a los financieros adheridos a su causa. Las reformas se paran ahí donde pudieran molestarles.

Las nacionalizaciones de las empresas industriales y comerciales que pertenecían al clan Somoza —y cuya mayoría estaba en déficit a la salida de éste—, las nacionalizaciones de las bancas con rescate, el control estatal sobre la exportación de los cinco productos mayores, le dan al Estado posibilidad de intervenir de manera importante en la vida económica. Podría ser para él, un medio de poner al servicio de la población al menos una parte de las riquezas del país. Pero también pueden ser solamente un instrumento al servicio de la burguesía local para mejor organizar la economía y defenderse contra el capitalismo norteamericano.

Y, en la medida en que los dirigentes sandinistas quieren satisfacer a los privilegiados, el dirigismo del Estado en la industria parece pues más bien destinado a operar un saque adelante a la economía a su provecho que a garantizar los derechos de los trabajadores que sólo tienen como promesas la de un regreso a la semana de 48 horas y la de una reducción del paro que concierne hoy al 60 % de la población.

En el sector agrícola que, recordémoslo, ocupa al 67 % de la población activa, la reforma agraria que se prometió al campesinado pobre es respetuosa de los intereses de los grandes terratenientes y de los capitalistas de la agro-alimentación.

La Junta, como el Frente sandinista, propone nacionalizar las tierras que pertenecían a la familia Somoza y a los somocistas que huyeron. Prevee conservar ahí grandes dominios que se explotarian, ora como fincas de Estado, ora como cooperativas. Como estas tierras cubrían una gran parte de las tierras cultivables sino cultivadas, esta reforma puede ser un progreso para centenares de miles de campesinos pobres.

Pero es significativo que los dirigentes nicaragüenses no preveen tocar a los dominios de los terratenientes o de las sociedades que han aceptado el régimen. Y los propósitos de Jaime Wheelock, sandinista de la tendencia dicha proletaria, encargado de instaurar la reforma, felicitándose después de que los dominios de Somoza hayan sido tan vastos, son también significativos: *«La voracidad de la dictadura, explica, resulta hoy nuestra suerte, sus antiguos bienes nos dan ahora la posibilidad de*

trabajar sin fricción con el sector privado».

Un gobierno formado por representantes de las capas poseedoras, un programa que defiende sus intereses: la revolución nicaragüense en ningún momento ha sido dirigida ni controlada por las masas populares o dirigentes a su servicio. Hoy, los nuevos dirigentes intentan normalizar la vida del país y el funcionamiento de las instituciones evitando dejarle la iniciativa a las masas.

El Ejército Popular sandinista se ha constituido abriéndoles las puertas a los combatientes del Frente sandinista por supuesto, y también a los soldados y oficiales del antiguo ejército que hubieran dado pruebas de una conducta honrada, como también a los combatientes que lucharon por la liberación. Tiene en adelante la función de todos los ejércitos burgueses: debe defender el país, intervenir contra los somocistas que se atacaran al poder. Pero, por supuesto, no se trata de darle por misión el luchar contra los privilegiados del régimen, el proteger a los mas desprovistos, ni con mayor motivo el ser el instrumento de una transformación revolucionaria de la sociedad. No lo fue en el momento de la lucha por el poder de Somoza, no lo es más hoy, cuando precisamente tiene como misión el defender el nuevo poder en el lugar.

En cuanto a las milicias, incluso si siguen existiendo a pesar que los dirigentes deseen verlas desaparecer o integrarlas en el ejército, no representan más una fuerza autónoma al servicio de los pobres.

Quedan los Comités de defensa sandinistas que existen en los barrios pobres y los campos. Reunen obreros y campesinos pero no parecen constituir el embrión de

una fuerza autónoma de los obreros y los campesinos pobres.

A través de estos comités de defensa, el poder instaurado solicita a la población para organizar la vida material, el reparto de los víveres, la organización mínima de la higiene, de la educación. Tomás Borge explicaba así a la revista latinoamericana *Sin Censura*, en noviembre de 1979, el rol de estos comités locales : «*La organización popular en los barrios tiene por objetivo ayudar la distribución de los víveres, la reparación de las calles y de las casas de manera colectiva con la ayuda del material dado por el gobierno. Al mismo tiempo, debe vigilar a los enemigos de la revolución*». (citado a partir del libro *Nicaragua, la victoria de un Pueblo*).

Se ve los límites trazados por el poder en sitio a los organismos que reúnen aún a la población pobre. No se trata para él de hacer de ellos organismos donde se elaboraría la política al nivel local como al nivel nacional. No se trata de darles los medios para aplicar decisiones que correspondan a sus intereses. Estos Comités de defensa sandinistas se conciben como organismos que ayudan a la aplicación de las decisiones del poder y que sólo dejan una pequeña iniciativa a los que se reúnen en ellos sobre problemas menores.

Y cabe constatar que la victoria sandinista no ha dado a las masas explotadas el poder.

El derrocamiento de una dictadura en un país subdesarrollado no es un fenómeno, ni nuevo, ni aislado. En América Latina, en África, en Asia, se han derrocado a hombres de mano de las potencias imperialistas, del imperialismo norteamericano en particular. Estos trastornos políticos han ocurrido a niveles diferentes. Algunos se resumían al reemplazamiento de una camarilla militar por

otra, tan poco popular. Otros instauraban, como en Egipto, regímenes que benefician de un apoyo popular. En China, en Cuba, son ejércitos populares, constituidos en margen de los ejércitos oficiales, que tomaron el poder a la favor de circunstancias diferentes, instaurando regímenes que se han apoyado sobre la población. Y se podrían multiplicar los ejemplos. Se vería además que no constituyen un fenómeno nuevo, propio al periodo de después de la segunda guerra mundial, y a los países subdesarrollados. La historia de Méjico a principios del siglo veinte, la historia más antigua de Francia e Inglaterra, muestran el ejemplo de trastornos revolucionarios que han instaurado regímenes muy diversos, que entretienen a lo largo de los acontecimientos que les han llevado al poder y una vez al poder, relaciones diversas con las masas populares. Pero su característica es que todas aquellas revoluciones —salvo la que se produjo en Rusia en 1917— nunca dieron el poder a representantes de los explotados incluso cuando se habían movilizado a éstos en la lucha, incluso cuando éstos habían proporcionado las tropas del ejército victorioso.

Para nosotros, estas revoluciones —salvo la revolución rusa— no representan a la clase obrera, ni siquiera a las masas populares, incluso cuando éstas han combatido, incluso cuando éstas apoyan el régimen después y lo apoyan con las armas cuando está amenazado.

Porque, para los revolucionarios socialistas, un régimen no puede representar a las masas populares si éstas no están representadas directamente, al nivel central como al nivel local ; si éstas no participan directamente a las decisiones políticas, si no tienen no sólo el poder de elegir sino también el de controlar a

sus representantes a todos los niveles. Si no son órganos de poder elegidos y controlados por las masas y forjados en la lucha los que dirigen el país.

La revolución nicaragüense ha triunfado gracias, entre otra cosa, a la movilización de los obreros y de los campesinos. Pero el poder instaurado no es la emanación de estas capas sociales. Éstas no han construido, ni durante la lucha contra Somoza, ni después del derrocamiento de éste, órganos de poder al servicio de sus intereses. Y los nuevos dirigentes de Nicaragua tienen en realidad las manos libres para defender otros intereses que los de las masas populares que les han empujado a los mandos de la sociedad.

Los dirigentes de la Junta de reconstrucción piensan instaurar, de hoy a tres años, un régimen de tipo parlamentario. Instaurar un parlamento compuesto tras elecciones generales de diputados que hablen los unos en nombre de la burguesía, los otros en nombre de los campesinos, los otros aún en nombre de la clase obrera, como en Francia por ejemplo, corresponde sin duda a las aspiraciones de toda una parte de la pequeña burguesía nicaragüense.

Pero no está dicho que el régimen actualmente instaurado evolúe en este sentido. El funcionamiento de un régimen parlamentario que aparta del poder real a las clases explotadas pero que respecta cierto juego democrático es un lujo que se

pueden pagar ciertos países ricos donde se puede, dando mucho a ciertos, dar sin embargo un poco a los explotados.

Pero cuando el mantener los privilegios de un pequeño número significa privar de lo indispensable a las masas, este juego ya no es posible. La opción de poner el Estado nicaragüense al servicio de los poseedores y no al servicio de los pobres compromete las posibilidades de evolución democrática.

Por todas estas razones, la revolución que tuvo lugar en Nicaragua no tiene para nosotros un carácter proletario. No es una revolución de los pobres contra los ricos, de los explotados contra los explotadores, todos los explotadores, incluso los de su propio país. Y esto, incluso si ha vencido gracias al combate de las masas e incluso si mañana éstas luchen aún para apoyar el régimen.

Incluso se podría ver a los actuales dirigentes optar por adoptar un lenguaje que haría referencia al socialismo y al comunismo, como lo hizo Castro en Cuba; incluso se podría ver a estos dirigentes, de nuevo obligados a apoyarse sobre la población, darle un curso más radical a su política, sin que ello cambie el carácter profundo de este movimiento. Ya que no hay revolución proletaria, que se inscriba en una perspectiva socialista, sin el ejercicio directo del poder por las masas mismas.

La crisis iraní : lo que pueden temer los Estados Unidos

La demostración de fuerza iniciada entre Jomeini y los Estados Unidos dura, en el momento en que escribimos, desde hace más de un mes y medio. En efecto, fue el 4 de noviembre último, cuando los estudiantes iraníes han ocupado la embajada de los Estados Unidos en Teherán, deteniendo como «rehenes» a los norteamericanos que se encontraban adentro. Jomeini se hizo cargo de la acción de los estudiantes, y se ha servido de ella para movilizar a la población iraní en nombre de la lucha contra los Estados Unidos y, más generalmente, contra el Occidente.

Es probable que Jomeini haya llevado a cabo esta política para volver a hacer en torno suyo una especie de unidad nacional, cuando todos los tirones a los que estaba sometido el poder se volvían cada vez más aparentes, si no cada vez más importantes. La unanimidad que había seguido la caída del Sha parecía ya lejana: las reivindicaciones autonomistas, particularmente las de los kurdos, se afirmaban con violencia. En el seno mismo del gobierno se manifestaban oposiciones a la política de Jomeini, oposiciones de hombres o tendencias.

Cierto, en ningún momento se discutió a Jomeini. Pero parecía que había aquellos que deseaban que Irán adoptara una actitud más moderada con respecto a los Estados Unidos, aquellos que querían —podían ser los mismos— que lo que subsistía de las milicias jomeinistas se disolviera definitivamente. Se manifestaban ayatollahs que no estaban enteramente de acuerdo con Jomeini sobre las relaciones que debían existir entre el Estado y la religión...

Todos los partidarios de Jomeini no lo seguían forzosamente sobre el lugar al cual relegaba a las mujeres, etc.

Y aún así, todos éstos apoyaban al nuevo régimen.

Pero es probable que el régimen estaba sometido a muchas otras presiones.

Se trataba en cierto modo para Jomeini, de tomar la delantera de los Estados Unidos que ejercían las presiones más diversas para intentar que perdiera el poder y que podían intentar —o intentaban ya sin duda— utilizar las divisiones o las fisuras que podían salir a la luz del día, con el mismo fin.

Podemos constatar que, cualesquiera que sean los motivos que

lo llevaron a actuar, Jomeini, sentando sentimientos anti-americanos que existían sin duda pero que ha amplificado y que, gracias a su crédito, han ido desarrollándose, ha logrado estrechar los rangos en torno suyo, hasta tal punto que las manifestaciones autonomistas en Acerbaidjan se han malogrado, ellas que amenazaban constituir para el régimen un problema espinoso.

La resistencia a los Estados Unidos parece entonces haber agrupado de nuevo a los iraníes detrás de Jomeini.

Hemos podido ver —justo devolver de golpe— que es apoyándose sobre la religión y el nacionalismo como Jomeini ha logrado agrupar a la población iraní detrás de él, contra los Estados Unidos.

Ahora bien, éstas son las dos fuerzas sobre las cuales el imperialismo se ha apoyado desde hace mucho tiempo, para asentar su dominación. La religión ha sido una de las mejores bases del orden establecido. En cuanto al nacionalismo, el imperialismo ha sabido servirse de él para enfrentar los pueblos los unos contra los otros. En esa región del mundo, la política del imperialismo, que sea el francés o el inglés, y hoy el norteamericano, ha consistido en trazar fronteras allí donde no existían aún, en crear Estados (como Israel, Jordania, Arabia Saudita), en ayudar a los jefes de guerra (como el padre del ex-Sha de Irán), en tallarse reinos, en armar a ciertos países más que a otros (éste fue el caso de Irán en particular hasta la caída del Sha) para que desempeñen el papel de gendarmes con respecto a los demás países —en suma, en dividir para reinar y a exacerbar los nacionalismos.

Pues bien, justa vuelta de las cosas podríamos decir, ¿es sirviéndose hoy del nacionalismo y de la religión como

un viejo ayatollah impregnado por la reacción les resiste y los tiene en jaque !

* * *

Claro que los Estados Unidos podrían intervenir militarmente. Además recuerdan periódicamente, de manera velada, que podrían hacerlo —y efectivamente es una hipótesis que no queda excluida.

Pero podemos constatar que, por el momento, no intervienen abiertamente sino anunciando medidas de intimidación como el refuerzo de su flota de guerra en el Golfo Pérsico, y tomando sanciones económicas. Y si a fines de diciembre el gobierno norteamericano declara que quiere que la ONU intervenga, es para pedir que otros países apliquen estas sanciones económicas.

Podemos preguntarnos por qué los Estados Unidos toleran así que Jomeini les resista. Pero, ¿qué pueden hacer ? Para liberar a los rehenes norteamericanos, no es únicamente una operación comando tal como los israelíes la dirigieron a Entebbe en Ouganda, en julio del 1976, contra un comando palestino que retenía entonces como rehenes a los pasajeros de un avión, que tendrían probablemente que dirigir.

¡Teherán no es Entebbe y los estudiantes iraníes no entretienen con la población las mismas relaciones que el comando palestino con la de Ouganda !

Es entonces con otro tipo de intervención que los Estados Unidos deberían acomodarse. Pero la capacidad de movilización que la población iraní ha demostrado en varias ocasiones estos últimos meses es tal

que los Estados Unidos deben probablemente temer las dificultades de una intervención militar.

* * *

Y hay probablemente algo que preocupa aún más a los Estados Unidos, es que las llamadas de Jomeini parecen haber desbordado las fronteras de Irán, y haber reactivado en el mundo islámico el sentimiento anti-americano, y paralelamente quizás también, el sentimiento que pueden tener los musulmanes de pertenecer, poco o mucho, a una misma comunidad.

¿Jomeini deseaba, esperaba esto ? ¿Intentaba, intenta dirigirse a todo el Islam, incluso movilizarlo ? Es difícil decirlo.

La prensa ha mencionado discursos o declaraciones en las que llamaba a la solidaridad del mundo islámico.

De todas maneras el riesgo de que sus llamadas traspasen las fronteras de Irán, y sean tomadas en serio, no lo ha parado.

Y hubo un eco, débil por cierto —las violentas manifestaciones anti-americanas que se desarrollaron a comienzos de noviembre en Pakistán fueron la excepción. Pero este eco ha existido a pesar de todo, lo hemos podido constatar hasta en Francia, donde parece que muchos trabajadores inmigrados argelinos y marroquíes han expresado un sentimiento de orgullo y de solidaridad con respecto a los iraníes.

¿Esta solidaridad difusa puede volverse activa ? Es imposible saberlo. Pero es probablemente el temor de esta perspectiva la que explica la política de espera de los Estados Unidos. Pueden estimar que corren el riesgo, interviniendo en Irán,

de desencadenar reacciones en todos los países en contorno al Mediterráneo, en todos los países vecinos de Irán, y verse obligados a intervenir masivamente, y estancarse en una nueva guerra de Vietnam. Y esto en una región del mundo importante para el imperialismo, económicamente a causa del petróleo, y políticamente porque sirve de frontera con la Unión Soviética.

En cuanto a considerar intervenir por gendarme interpuesto —lo que después de todo es la vieja política comprobada del imperialismo, particularmente en esta región del mundo, para obligar a los Estados revoltosos a que integren las filas— por ejemplo lanzar a Irak, que está actualmente en rivalidad con Irán a propósito de la posesión de algunas islas y de un estuario, es también una política arriesgada. Y el riesgo, es que ¡el sentimiento de solidaridad con Irán lleve la ventaja en la población requerida para hacer la guerra, y que en su ímpetu, ésta barrera al dictador o al régimen establecido !

Los Estados Unidos parecen encontrarse actualmente en la situación de, ¡sea consentir y correr el riesgo de que Irán, haciéndoles frente, sirva de ejemplo a otros Estados y otros pueblos ; sea correr el riesgo, interviniendo militarmente, de servir de detonador a un movimiento que discutiría su embargo sobre esta región del mundo ! Y esto porque, a fuerza de querer dividir a los pueblos, ¡el imperialismo ha desencadenado fuerzas que pueden desembocar en una cruzada anti-americana, una cruzada de oriente contra occidente —dirigida por un viejo cura salido directamente de la Edad Media !

No sería la primera vez, además, que en esta región del mundo se

inicie así, sobre la base del nacionalismo que el Imperialismo contribuyó a exacerbar en cada país, una causa capaz de unir a los pueblos por encima de las fronteras. Esto ya se ha producido con la causa palestina y la lucha contra Israel.

Los dirigentes palestinos, que eran los líderes de la lucha contra Israel sin embargo ¡sólo eran unos nacionalistas que respectaban los Estados, que querían simplemente crear el suyo, y que no se presentaban de ninguna manera como el portavoz de los oprimidos de los países árabes o musulmanes ! Pero esto no ha impedido que la causa palestina sea, en diferentes países árabes, un fermento de movilización y de unificación de las masas por encima de las fronteras. Y esta movilización contra Israel no era solamente preocupante para este último país y, por medio de él, para el imperialismo del cual es el principal representante en esta región.

Lo ha sido para cierto número de regímenes establecidos. No faltó mucho para que el rey Hussein de Jordania pierda su trono, acusado de componer demasiado con Israel.

* * *

¿Debemos entonces alegrarnos, nosotros que nos situamos del punto de vista de los intereses del

proletariado mundial y del socialismo, de lo que ocurre en Irán ?

Pues sí. Puesto que debemos alegrarnos de todos los retrocesos del imperialismo, cualesquiera que sean los caminos que tomen los combates que los han conseguido, incluso si están dirigidos en nombre de la religión.

Los pueblos dirigen sus combates con las armas que se les deja, a veces por las únicas vías que se les ofrece.

Pero, incluso si estos combates pueden hacer que retroceda el imperialismo más potente del mundo, no nos acercan de la revolución proletaria ni del socialismo.

Porque no se puede ir en esta dirección fuera de la acción consciente del proletariado y del combate contra el nacionalismo.

Y no hay ninguna manifestación ni siquiera índice de que el proletariado actúe, en Irán, como clase autónoma. Parece por lo contrario, estar a remolque de los nacionalistas religiosos. Y en los países imperialistas, al menos por lo que podemos juzgar, en Francia y en los Estados Unidos, los acontecimientos iraníes tuvieron como consecuencia, incluso en la clase obrera, un aumento de xenofobia y de racismo, escamoteado bajo el desprecio del supuesto «fanatismo» iraní.

Esto dicho, las luchas de clase hacen a veces rodeos imprevistos. Y los dirigentes de este mundo no se alegran de la crisis iraní. Están conscientes de, que a fines de cuentas, no son dueños de la manera con la cual se desenvolverá.

NOTE TO ENGLISH READERS

This journal is unusual in that it is bilingual. When read from this end, it is in English, from the other end, it is in Spanish.

Most of the articles have been written in French first, and have then been translated into English. We apologize for any inadequacies of translation.

To avoid difficulties, start from this page and read the right-hand pages only (the Spanish text appears upside down on the left-hand pages).

CLASS STRUGGLE

Trotskyist monthly edited by «LUTTE OUVRIERE»
Managing editor: Michel Rodinson
Printed at : 25, rue du Moulinet - 75013 Paris

Mailing address : Lutte Ouvrière B.P.233
75865 Paris Cedex 18

PRICE : France	FF 5
Spain	ptas 80
USA	\$ 1.25

YEARLY SUBSCRIPTION (10 issues)

FRANCE : *Ordinary* : FF 50 *Closedmail* : FF 110

ABROAD :

-By train or boat, all countries :

Ordinary : FF 60 *Closedmail* : FF 120

-By air :

Ordinary :

Europe, French speaking Africa,
Guadeloupe, Reunion, Guyane,

North-Africa FF 60

French Polynesia, New Caledonia,

Madagascar FF 70

All other countries FF 80

Closed mail, for all countries :

Apply to us to have the tariffs.